



Todos santos, Día de muertos

El solitario mexicano ama de la fiesta y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual. Y esta tendencia beneficia a nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la fiesta, envilecido en casi todas las partes, se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros y sus danzas, ceremonias, fuegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de los frutos, dulces y objetos que se venden esos días en plazas y mercados.

Nuestro calendario está poblado de fiestas. Ciertos días, lo mismo en los lugarejos más apartados que en las grandes ciudades, el país entero reza, grita, come, se emborracha y mata en honor de la Virgen de Guadalupe o del general Zaragoza. Cada año, el 15 de septiembre a las once de la noche, en todas las plazas de México celebramos la fiesta del grito; y una multitud enardecida efectivamente grita por espacio de una hora, quizá para callar mejor el resto del año. Durante los días que preceden y suceden al 12 de diciembre, el tiempo suspende su carrera, hace un alto y en lugar de empujarnos hacia un mañana siempre inalcanzable y mentiroso, nos ofrece un presente redondo y perfecto, de danza y juerga, de comunión y comilona con lo más antiguo y secreto de México. El tiempo deja ser sucesión y vuelve a ser lo que fue, y es, originariamente: un presente en donde pasado y futuro al fin se reconcilian.

Pero no bastan las fiestas que ofrecen a todo el país la Iglesia y la República. La vida de cada ciudad y de cada pueblo está regida por un santo, al que se festeja con devoción y regularidad. Los barrios y los gremios tienen también sus fiestas anuales, sus ceremonias y sus ferias. Y, en fin, cada uno de nosotros – ateos, católicos o indiferentes – posemos nuestro santo, al que cada año honramos. Son incalculables las fiestas que celebramos y los recursos y tiempo que gastamos en festejar. Recuerdo que hace años pregunté a un presidente municipal de un poblado vecino a Mitla: “¿A cuánto ascienden los ingresos del municipio por contribuciones?” “A unos tres mil pesos anuales. Somos muy pobres. Por eso el señor gobernador y la Federación nos ayudan cada año a completar nuestros gastos.” “¿Y en que utilizan esos tres mil pesos?” “Pues casi todo en fiestas, señor. Chico como lo ve, el pueblo tiene dos Santos Patrones”.

Paz, Octavio. El laberinto de la soledad

Fragmento

1.- La tendencia a ser un pueblo ritual favorece nuestra:

- A) convivencia y sociabilidad
- B) sensibilidad y religiosidad
- C) imaginación y sensibilidad
- D) religiosidad y espiritualidad

2.- Octavio Paz manifiesta que todo es ocasión para reunirse cuando afirma que:

- A) Cualquier fecha sirve para festejar
- B) Cualquier hecho que se justifique es bueno
- C) Siempre y cuando sea oficial es bueno reunirse
- D) cualquier día de la semana es bueno para reunirse



3.- identifica la idea central del párrafo dos

- A) La comunión de los festejos de cada año
- B) Lo inolvidable de las fechas conmemorativas
- C) La interrupción del tiempo a fines de cada año
- D) El apasionamiento de los mexicanos en las fiestas

4.- De la siguiente lista, selecciona dos festividades referidas por Paz en el texto

1. San Judas Tadeo
2. Revolución Mexicana
3. La virgen de Guadalupe
4. Independencia de México

- A) 1 y 2
- B) 1 y 4
- C) 3 y 1
- D) 3 y 4

5.- Las siguientes opciones afirman los argumentos del autor, excepto:

- A) Las fiestas se realizan en ciudades y lugares apartados
- B) Existen considerables fiestas que se celebran en México
- C) Gran parte de los ingresos de un pueblo se destinan a fiestas
- D) Hay muchos países que tienen festividades como en México